

Cuento con voz

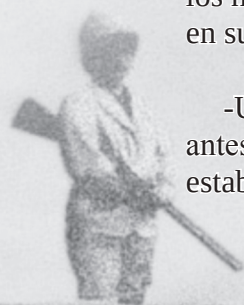


El conteo

La primera idea que tuvo George cuando se levantó a las tres de la mañana rodeado por un sudor espeso y glutinoso fue: “Necesito quitarme a toda costa este olor a muerte”. Pasadas las seis de la mañana volvió a despertarse, pero esta vez ya no lo acompañaba el líquido pegajoso e incoloro, sino que todo su rostro y parte de su cuerpo estaba adornado por un exceso de sangre tibia que aun sentía palpitar; de repente recordó que debía limpiar el arma que había usado a eso de las dos de la madrugada.

Su rutina empezaba todos los días con una taza de café negro y sin azúcar, el periódico del día anterior; porque aseguraba que era la única forma de saber si su trabajo había quedado bien hecho, una bayetilla de terciopelo negro que le servía para llevar a cabo la espinosa labor de quitarle el caparazón a su revólver, con la misma dedicación que tiene una mangosta al comerse a la serpiente que acaba de atrapar. Contar y limpiar los huecos del tambor se había convertido hasta ese momento en su más fogosa labor:

-Uno..., dos, tres, cuatro..., cinco – contó lentamente, pero antes de finiquitar con el conteo, se percató que la sexta bala estaba ahora alojada en su cien y no en la de su víctima.



La mala memoria del coronel

Y después de comer mierda por haber gastado el dinero en maíz para ese gallo, el Coronel recordó que en su cuenta de ahorros tenía consignado el dinero de su pensión por tiempo, pero cuando lo recordó ya era tarde, su esposa ya se había marchado cansada de comer tanta mierda.

Sarnas

Construía ella de la mano de su esposo una casa grande, alcobas luminosas, una sala ventilada con vista al infinito corredor poblado de hermosas flores. Acordaba con ternura los detalles, sonreía con pasión. De repente un leve sonido la despertó... un joven vestido de paño dejaba caer una moneda sobre su sarnosa existencia.



La partida

Se fue, es cierto; y al decirlo estoy repitiéndome lo que la noche me dejó, lo que la mañana me trae de ella; lo que me queda; un vacío que nace desde la noche anterior, desde los recuerdos tejidos en cada atajo mental; yo no quiero odiarla; aunque a veces lo hago por mínimos instantes; mi alma se resiste; pero es que hace tantos siglos que partió, que solo me queda irla borrando despacio entre estos retazos, fotografías que se incrustaron un día y que ahora cuestionan cada paso, cada palabra que dijo, que dije y que repito para hacerle a lo vivido, juicio y tortura si es necesario; hacer una coraza que afronte cada minuto que estuvo en mi mundo, que compartió en éste cuarto.

La llevé a mi mundo sin su permiso; la arrastré hasta los lugares que creía dominados como el predador al refugio; una noche de la que no tengo fecha, le dicté mi sentencia y desde ese día, cuando ella aceptó ser mía jurándolo para siempre, me dediqué a pintar de flores sus ojos, su cabello, sus labios, su cuerpo; desde ahí nos quisimos, nos amamos tercamente, sin tiempo, sin épocas, incluso sin besos; una fortaleza fueron creando nuestras palabras; en cada noche la barricada del tiempo iba cayendo; la empujé hasta el abismo de los sueños, la llevé conmigo hasta lugares que solo yo conocía y donde todo era cierto: dormía conmigo en el frío y caminábamos por lugares mágicos que ella construyó desde la pureza de su corazón – como ella misma lo dijo en alguna parte; ahora su corazón se me antoja de hierro.

Me prometí para siempre de ella; hace tanto tiempo que había olvidado los sustos y las mariposas adentro y la verdad no había nadie con el derecho y la fuerza de remover mis afectos; eso pasó solo porque se lo permití, tampoco es todo su mérito; había dejado las batallas de otros tiempos; el corre y vuela de lo prohibido, el miedo martillando y las ganas arremolinando cada gesto, cada voz.

Solía llegar fantasmal en tempranas horas; venía vestida, a veces sobria, a veces niña, zarcillos de viejos y adorables metales danzaban en sus orejas tanto como su risa: magia escapada de labios que se asomaban nostálgicamente provocadores entre mis anquilosadas bitácoras; llegar era traerme el sol y la discordia; una lucha entre el pasado y el presente engalanado por sus largos y soñadores cabellos; cambiaba el horizonte

su pequeña figura-

ra: ella era el paisaje, la matica y el grillo, el calor y la lluvia, el cuerpo y el alma; ella era el todo pero

también la nada.



Hacía siglos había adorado con esa fuerza con la que ahora te veía; un pedazo, una curva de tiempo en el que el amor dejó ver su verdadero rostro; un instante odiosamente fugaz en que la vida se pinta de corazones y retrata el alma; por tus labios se coló la vida de un fantasma; ese otro tiempo que persiste entre muros y cielos, entre infierno y recuerdos; con el pasar de los días, a veces llegabas tú, a veces el recuerdo; otros días se mezclaban y al final ya no sabía a quién hablar.

Poco a poco, sin notarlo, pacto común, nos fuimos haciendo nuestros; abrimos un hueco en el tiempo solo para soñarnos y vernos; cada palabra creció hasta hacerse visible, real, palpable; lo etéreo se volvió cierto; fuiste mi mujer, yo tu pecho; fueron los días más felices de nuestras vidas -o por lo menos de la mía- porque intemporalidad y realidad se tejieron armoniosamente, sin lucha; solo espacios para el afecto; te seguí empujando; ahora el sueño alojado en la realidad, empezó a pesar más de lo debido, a ganar espacio; la densidad de los encuentros perdió su rumbo y la confianza que suele traicionar cimientos, rompió las construcciones, cuanta cima se hubiese levantado y todo cuanto creado; siempre diré para mis fueros, que fue tu culpa; que la inocencia es irresponsable y que nunca dimensionaste este secreto; que fuiste dando voces para salvar lo tuyo, primero tú, segundo tú, enésimamente tú; egoísta vendiste al fuego nuestras existencias; me diré que te ganó el miedo o que no tenías altura para volar.

Cuando te miro en el tiempo ya casi no te condeno; por lo menos intento atrapar entre realidades y sentimientos el examen, la cartilla de las cosas; no

me gusta que la realidad me afronte en cada palabra pronunciada desde aquí y desde ti; odio sentir acciones que calculo revestidas de indolencia o desgaño, o tal vez, solo tal vez, de miedo? Con qué afecto o desafecto sellaste promesas de cuyo destino y dueño solo era el viento? Recuerdo a Silvio: "... a donde van las palabras que no se quedaron?... a dónde van las miradas que un día partieron?... por dónde están las angustias que desde tus ojos saltaron por mí?

Recorro cada rincón de este cuarto que volviste jirones a fuerza de pequeños lutos; con palabras pero sobre todo con silencios; esos que abren heridas que nunca sanarán; esa mudez que rasga sin clemencia todo cuanto es o intenta sobrevivir; esos que vienen desalojando a pedacitos los chiritos que me quedan en el alma; esos que te reprochas de noche pero que sigues alimentando; esos silencios que al cabo de un tiempo me desaparecerán por completo.

Es cierto que se fue; pero un día pasará por aquí a recoger todos sus muertos y de paso los míos; levantará un inventario, me regalará sonrisas con aromas desposeídos, tal vez me pida un abrazo, nunca me entregará su beso porque sabe que eso significará perder los miedos y amarrarse a mi alma para siempre; recogerá lo que le pertenece por derecho: todas las imágenes que mi mente escribió mientras rayaba pedacitos de mi alma, todos los paisajes y todos los rincones de este lecho donde dejó todo de improviso, igual que cuando apareció; volverá, acaso con el temor y la esperanza, -o ambos-, de renacerme cenizas esparcidas en cada distancia que tomó de mí,

que fue guardando poco a poco; me dejaré los silencios que serán preguntas eternas y que solo la bipolaridad -que me diagnosticó- sabrá responder por instantes; pero que al fin y al cabo serán su propio espejo: ella fue alegría-tristeza, candor-pasión, ternura-rabia, momento y olvido; tiempo y maldición.



No creo poder salvarme; he profanado tu cuerpo; desde el lejano día en que te conocí, llevaba tiempo adorándote y esperándote pero respetándote en cada rincón del pensamiento y en cada vez que recorría con mis ojos tu piel; se respiraban días tranquilos; allá te aparecías de pronto, pero sin provocar esa sensación de inestabilidad que recorre las venas y el cerebro; esas imágenes que perturban la inocencia, lo visto, lo conocido.

Aquella noche te encontré; tu blanca respirando cerca de mi pecho; tomé tu mano, acaricié tu rostro bendecido por el tiempo y lentamente sabiendo que moriría, te besé; dispuse toda el alma para encontrarte cierta, de carne y hueso, corpórea, completa; escudriñé cada rincón de tu aliento; una serpiente en mi boca, una en la tuya y el tiempo se hizo eterno para mi bien, no sé para el tuyo.

No me bastó con eso; resbalé en tu brazo; subí por él, hasta encontrar una tirilla coqueta que marca la frontera entre lo mostrable y lo incierto; halé de ella y rodó con miedo; ahora mi beso estaba en tu oído y en tu cabello, queriendo perderse, fundirse, hacerse piel de tu sangre y deseo; bajé a tu cuello, no quería mirarte, no quería que vieras mis ojos de fuego; me dio pena.

Los botones del deseo echaron a correr; ya estabas fuera de este mundo; no hablabas, no veías, solo sentías; mi cuerpo a 2 milímetros del tuyo; olores, sudores, mariposas, mareos; cayó el velo y entre tímidos resplandores aparecieron tus senos y no pude menos que hacer un culto a lo que había soñado

antes, cuando bañándote, resbalaba en ellos el agua, haciendo surcos caprichosos que se me antojaron artistas sin miedo.

Los besé, dejé caer mis labios hacia las enormes muertes de mi descubrimiento; bebí con calma esperando salirte el alma y rodé por sus oscuras y mágicas savias llenas de secretos; me vi primero, inmerecido afortunado, profanador abierto; seguí por tu cauce de bosques eternos; caí en tu centro; ese del que me reiré siempre; el que te trajo al mundo, tu fundamento.

Tus ojitos cerrados; solo sintiendo, escuchando voces de nuestros silencios; dudé sobre mi siguiente paso; estas desmadejamente erguida cuando enciendo mi vela que es la misma tuya para guiarme por tus laberintos; llueve copiosamente dentro y fuera de ti, dentro y fuera de mi; mis manos y tus manos en un enredijo de mi espalda a tu cuello, de tu oreja a mi cerebro; estoy en tus adentros; una fusión de ansias, miedos y tierna violencia que cabalgan despacio, como sedientos al final del desierto; entro y me arrepiento, voy y me devuelvo; vienes y vas; te beso, serpientes de fuego, abismo sin fondo, eterno ardor, fuego de lo bello; me miras, me confrontas, me afrontas, te espero, te siento en cada latido; vas subiendo; mariposas que se desgajan por tus piernas, estrellas que se quiebran sobre lo que nos queda de ropa... explotas toda... bigband de los deseos; me detengo solo para seguir tus ojos que ahora se fueron en el cocuyo de un cometa, que brillan y ametrallan esta noche abierta, sin secretos... vuelves...

Ahora reposas en mí; vienes bajando mientras recoges pedazos de hielo y cielo; me miras, te veo; no hay una sola palabra que pueda caber porque todas estas escritas dentro de este momento; te beso como al comienzo, como desde siempre y como desde antes.

Te vistes, te ayudo a vestir; me visto; me abandonas, me quedo; inundo mi mente con tus olores que quedaron aquí y allá regados en el tiempo; me resigno a perderte porque amenaza el día y las huellas te acusan; te vas y me muero; mis ojos te persiguen mientras te desvaneces; te sigo camino al olvido; ese al que me sometes cuando te marchas, cuando vuelas, cuando no te miro, cuando no te huelo, cuando no te tengo...ese con el que me muero; Sabrás que hacer, qué decir? Le dirás con tus ojos que no aprenden aun a mentir que estuviste aquí? Que llevas mis manos en todo tu cuerpo y tu alma? Mirarás de frente al mundo y te reconocerás mía para siempre? Que harás, qué harás?



Roberto llegó a casa un poco más temprano que de costumbre, así que Lorena, su mujer, aún se encontraba despierta, acomodando trebejos en la cocina, apagando luces, cerrando las ventanas y tratando de hacer que bebé conciliara el sueño. Roberto había llegado ebrio, otra vez y de mal humor, otra vez.

La habitación que compartían los tres: Roberto, Lorena y bebé, estaba en semipenumbra. Bebé gimoteaba en la cuna; Lorena sin que su marido lo advirtiera, se acomodó en su cama gemela y fingía dormir. “lo mismo de siempre”, pensó Roberto, y lo dijo en voz baja, pero convencido que su esposa alcanzaría a escucharlo, “se hace la dormida para evitar hablarme”.

Y como de fingir se trataba, Roberto hizo como que se liberaba de las ropas para meterse en la otra cama, y se dejó caer sin desacomodar las cobijas, cuadrándose la almohada en medio de las piernas. “Mejor estar en otra cama, en otra casa y al lado de otros seres”, dijo, esta vez aumentando el tono de la voz. “Por qué no marcharme de una sola vez... o quizá no haber llegado, y acabar con esta farsa de una vez por todas?”.

Lorena, que también estaba en cama con las ropas puestas, empezó a soltar la lengua. “O mejor habría sido que yo no estuviera en cama cuando llegaste, no imagino cómo te las arreglarías para alimentar y dormir a bebé, mientras yo ando por ahí, en cualquier otra parte y en compañía de alguien que de verdad lo merece”.

-Tú tienes llaves de la puerta- dijo Roberto -La calle está abierta-.

Lorena, que había fingido dormir estaba echada mirando la oscuridad del techo, arropada con las cobijas hasta el cuello. Roberto la adivinó entre la semipenumbra que separaba las dos camas y por unos segundos escuchó la respiración entrecortada de bebé que empezaba ahora a dormir en su cuna. Y entonces los dos: Lorena y Roberto, hablaron al tiempo y no se entendieron lo que cada uno dijo del otro. Un gato se sintió acariciando el cristal de la ventana que daba a la calle. Maulló lastimero y los esposos imaginaron de pronto que era el llanto de bebé que se había despertado. Un auto frenó estrepitoso y una luz de faroles urgente iluminó por segundos la habitación. Prosiguió la marcha y la casa toda regresó a la semipenumbra.

“Una cena caliente y un par de tragos es lo menos que uno espera encontrar cuando regresa a casa de un maldito día de trabajo”, dijo Roberto liberándose de los zapatos con los pies, sin alterar la posición de la almohada en la entrepierna. Infinitos segundos de silencio luego, que aprovechó Roberto para dejar caer su brazo debajo de la cama en dirección de la maleta que había preparado con sus ropas desde la mañana.

“Un mínimo de consideración y algunos víveres del supermercado, es lo menos que uno espera cuando un ebrio maloliente regresa a casa”, dijo Lorena y se cubrió el rostro con las cobijas. Respiró con rabia y se descubrió otra vez la cara, recuperando el aire oscuro de la habitación. “De alguien más

podría esperar eso”. Cayó y dirigió su brazo hasta debajo de la cama, asegurándose que allí permanecía la maleta con sus ropas, que había estado arreglando unas horas antes de la llegada de Roberto.

Lorena miraba el techo y de pronto descubrió o creyó descubrir alguna mancha en el cielo raso, algo así como un pequeño mapa. “La humedad que también se nos va a venir encima con todo y techo”. Pensó ella.

Roberto cerró los ojos, no porque intentara conciliar el sueño. Se imaginó entonces viajando

en su Chevrolet negro del 58, en compañía de una mujer adulta que no e r a Lorena y de un

muchacho, que no era bebé, jugando con algún oso de peluche en el asiento trasero del auto. Avanzarían a 50 ó 60 kilómetros por hora en una carretera poco transitada, rompiendo la noche con las farolas de luz amarilla, rumbo a otra ciudad que ya no era la misma de siempre donde había vivido tantos años. “En unas horas amanecerá y todo será distinto”, se dijo para sí Roberto. Empujó su cuerpo hasta el borde la cama y cuando encontró de nuevo la maleta, se preguntó: “¿serán suficientes las ropas empacadas?”.

Lorena buscó en la penumbra la cuna de bebé, escuchó sus ronquidos infantiles y se tranquilizó sabiendo que dormía. Lo imaginó arropado con su manta dulceabrigo azul celeste, chupándose el pulgar de su manito.

Roberto llenó con su mano las agraderas de su maleta debajo de la cama. “No hay que pensarlo más”, dijo él, y trató de incorporarse.

-Entonces lárgate de una vez por todas – dijo Lorena

- Si es lo que los dos tanto esperamos, para qué alargar las cosas- le dijo Roberto sin cambiar la posición

-Yo sola sabré arreglármelas con bebé... total, siempre hemos estado solos los dos... y no será mucha la falta que nos hará tu ausencia

- Esperemos a que amanezca y será algo así como si otra vez saliera yo para el maldito trabajo de siempre -

- Entonces cierra de una vez por todas tu maloliente bocota y déjanos dormir en paz -

- ¿Escuchaste eso bebé?- preguntó Roberto, - ¿Acaso tú no duermes hace ya mucho rato soñando con tus tales angelitos? -

-Cállate ya- dijo Lorena

-Lo haré, y lo que también haré será buscar de nuevo el camino y el trabajo que dejé cuando me encontré contigo- dijo Roberto, -Otro destino prometedor me esperaba cuando me ofrecieron el traslado a la capital... pero no, ya recuerdo, a ti no te sentaba el clima de la costa y me condenaste entonces a esta vida miserable en este pueblo de mier-



da- respiró hondo y dejó escapar un penetrante olor a alcohol y cigarrillo sin filtro.

-¿Y te parece luego que mi destino si fue muy prometedor?, después de obligarme a dejar la escuela de secretariado ejecutivo para encerrarme en esta casa a preparar teteros, a calentar comidas trasnochadas y a limpiarle el culo a bebé?- preguntó Lorena con rabia mientras tomaba ansiosa las agarraderas de la maleta debajo de la cama.

Los esposos callaron y cada uno por su lado pensaba de pronto que lo mejor sería buscar la forma de conciliar el sueño y esperar sin más palabras el amanecer del otro día. Empezó a llover. Un relámpago rompió la calma reciente, iluminó en fracción de segundos la habitación como un flash de magnesio fotográfico y otra vez el gato vagabundo arañó el cristal de la ventana y volvió a maullar como ese llanto lastimero que se parece al llanto de los niños. Los esposos ahora, sabían que no era bebé el que lloraba y Lorena entonces sintió miedo del gato. Primero fue una llovizna apenas perceptible que no duró más de una media hora; luego arreció y se volvió un aguacero estridente azotando los techos, silbando amenazante, prometiendo diluvio o definitivamente el sueño que tanto aguardaban, cada uno desde su cama gemela.

Amaneció mientras amainaba el aguacero. Cuatro, cinco de la mañana. Roberto fue el primero en levantarse, con sus ropas puestas. Se caló los zapatos y tomó la maleta dirigiéndose a hurtadillas hasta la puerta de la habitación.

-¿Dejarás a bebé sin padre?- preguntó Lorena arropada con las cobijas hasta el cuello.

Roberto abandonó la maleta en una esquina del cuarto. Regresó a la cama y se dejó caer metiéndose la almohada en la entrepierna y se quedó quieto como si durmiera.

Lorena dejó que pasara el tiempo: diez, quince minutos, que permaneció paralizada, esperando. Luego se incorporó lenta, abandonó la cama con sus ropas puestas, tomó la maleta y caminó en silencio hasta la puerta de la alcoba y miró de soslayo primero a la criatura que dormía en la cuna y luego a Roberto inmóvil y como ausente.

-¿Dejarás a bebé sin madre?- preguntó Roberto apretando la almohada con las rodillas.

Lorena abandonó la maleta en otra esquina del cuarto. Regresó a la cama y se envolvió en las cobijas. Descubrió que seguían calientes y se quedó mirando al techo, observando en la reciente claridad que el mapa húmedo del cielo raso se perfilaba entre bordes amarillos y adivinó en sus formas la silueta de algún animal prehistórico, las barbas de un dios mitológico o los pétalos de alguna extraña flor.

La claridad se metió al cuarto con la luz tímida de una mañana después de aguacero. Lorena fue hasta la cocina y luego de un par de largos bostezos empezó a preparar el desayuno.

-Huevos revueltos, jugo de naranja y café negro- le susurro Roberto en la espalda a Lorena, mientras se dirigió al baño.

Bebé continuaba dormido en su cama. El gato de la noche ya no estaba en casa.

